

Tributo a mi padre

Siento a veces la nostalgia de no poder mostrarle físicamente su obra mayor, la familia que fundó y lo venera



Por
Eduardo
Padrón
Presidente
del Miami-
Dade College

Mi experiencia personal y la de parientes y amistades que conozco, dictan que la cultura de donde provengo, la cubana, es esencialmente matriarcal. Dicen los especialistas que esa condición se remonta al mundo latino donde se hunden nuestras más remotas raíces.

La madre sobreprotectora es nuestra deidad, quien suele conducir aquellos primeros pasos en la vida y tiene la habilidad de despejar de obstáculos ese camino. Desde temprano descubrimos de dónde irradia el amor incondicional y aprendemos, de modo natural, que no tendremos mejor aliado en nuestros sueños y mejor paño de lágrimas para los sinsabores.

Claro que una piedra angular de tales dimensiones se beneficia, sobremanera, cuando cuenta con la compañía y el amor del padre, ese paradigma de nuestra infancia de donde emana la segu-

ridad que necesitamos para progresar.

Yo supe desde temprano que quería ser algún día como mi padre: respetable, laborioso, atento a nuestros más mínimos reclamos, orgulloso de la familia que fundara para la cual siempre estuvo dispuesto a los mayores sacrificios. Estoy seguro que cualquier virtud de la que pueda vanagloriarme, le pertenece. Fue un hombre justo, como una casa de fuertes paredes y techo para todos nuestros afanes.

Hoy celebramos otro "Día de los Padres" y es una fecha hermosa por todo lo que convoca. Me imagino lo desgarrador que habrá sido para el mío, y para los de muchas otras personas que conozco, aquella decisión de enviarme primero al exilio en compañía de mi hermano y poder, de tal modo, no perder la sagrada potestad sobre sus vástagos, puesta en solfa por una dictadura que ya comenzaba a

mostrar su catadura en aquellos atribulados años sesenta y setenta del siglo pasado.

¿Qué habría hecho yo en esas circunstancias? ¿Cuál sería la decisión de mi hijo, con respecto a mis nietos ante una encrucijada de tamaño dimensión? Es como los que montan una balsa en estado de desesperación y si llegan sanos y salvos a esta orilla afirman que nunca lo volverían a intentar.

Mi padre es el fundador de la libertad que desde entonces disfruto. Con aquel gesto extremo nos envió al futuro, arriesgando muchas cosas, ciertamente, pero seguro de que aquella oscuridad que se cernía sobre su adorada isla acabaría con nuestras esperanzas.

No supe en aquel momento que estaba estableciendo los cimientos de una de las más prósperas comunidades que ha conocido los Estados Unidos en su fascinante proceso de mezcla y asimilación.

Cuando llegó, algún tiempo después de nosotros, afortunadamente, pues otras esperanzas fueron más largas, puso manos a la obra y trabajó duro para sostenernos. Volvió a empezar de cero en un país generoso pero no por eso menos extraño con un idioma que no era el suyo.

Si hubo desasosiego, duda, por haber dado aquellos pasos no exentos de incertidumbre, nunca lo supimos. Lo que brotó de su estancia en tierra americana fue el optimismo y, a la larga, el descubrimiento de haber hecho lo más sensato.

Confieso que no necesito de una fecha para saber que siempre tengo su brazo sobre el hombro. Siento a veces la nostalgia de no poder mostrarle físicamente su obra mayor, la familia que fundó y lo venera, pero estoy absolutamente seguro que en otra dimensión, aquella reservada a los buenos, disfruta la certidumbre de su éxito.